

MAUPASSANT EN ÉTRETAT

En las proximidades de Dieppe, el tren procedente de Rouen hace una parada en la estación de Saint-Aubin-Offranville. Un poco al sur del pueblo de Saint-Aubin-sur-Scie, en la dirección de Tourville-sur-Arques, un camino pedregoso y franqueado por setos accede a la colina que separa los valles de la Scie y de Arques. Inmediatamente, al girar sobre un llano, se ofrece un paseo de espléndidas hayas que conduce a un exuberante castillo construido en ladrillo rojo combinado con piedra gris. Se trata del castillo de Miromesnil, donde nació Guy de Maupassant el 5 de agosto de 1850, y donde el 6 de septiembre se inaugurará su monumento. Administrativamente depende del municipio de Tourville-sur-Arques y su nombre procede de su antiguo propietario, Armand-Thomas Hue de Miromesnil, que falleció el 6 de julio de 1796, después de haber sido Guarda de los Sellos bajo el reinado de Luis XVI, desde 1774 hasta 1787.

El edificio, macizo, tiene un aspecto suntuoso, con sus dos hileras de altas ventanas con los frontones tallados, separadas por falsas pilastras que se elevan desde el suelo hasta el techo de empinada pendiente. Por todas partes hay guirnaldas, balaustres, hornacinas, una opulenta decoración que nos traslada a la época del gran rey y de los arquitectos de Versalles. La fachada posterior es menos rica e imponente; pero las dos grandes torres de ambos lados que lo enmarcan le confieren una auténtica seña de originalidad

Fue en la torre del oeste donde Maupassant vio el día. El castillo no pertenecía a sus padres, que solamente lo habían alquilado durante algunos años. Entonces su propietaria era la Sra. Marescot, del que se deshizo un poco más tarde. Hacia 1886, Commanville, el sobrino político de Flaubert, se proponía adquirirlo. Flaubert, puesto al corriente de este proyecto, escribía en abril a su sobrina: «Enseguida deduje que la pequeña capilla te habría seducido de inmediato.»

Se trata de la capilla del castillo. Maupassant fue presentado ante Dios allí el 23 de agosto de 1850, esperando ser bautizado un año después en la iglesia de Tourville-sur-Arques. El pequeño santuario de Miromesnil, escondido entre los olmos, se presta a ensoñaciones, y el erudito rouenés Sr. G. Dubosc lo ha comparado con «una ermita de antiguas leyendas», con su estrecho campanario, sus vitrales representando al Cristo flagelado, sus paneles de madera finamente decorados y su rejilla del coro en hierro forjado.

§

Excepcionales fueron las circunstancias que habían hecho nacer a Maupassant en Miromesnil. Pero fue en Étretat donde transcurrió su infancia. Sus padres residían de ordinario en esa pequeña ciudad, y cuando la Sra. de Maupassant se hubo separado amistosamente de su marido, continuó viviendo en Étretat, encargándose de la educación de sus dos hijos, Guy el mayor y Hervé seis años más joven.

Vivía en la villa des Verguies, una propiedad familiar. Ese nombre, variante regional de la palabra «vergeles», describe el domicilio. Estaba situado no lejos del mar y a lo largo de la carretera que se dirige a Fécamp. Era una casa de dos pisos, de aspecto rústico y sin aderezos arquitectónicas. Nueve ventanas destacaban en la fachada engalanada con un balcón sostenido por unos pilares cubiertos de plantas trepadoras. La planta baja comunicaba al mismo nivel, mediante tres puertas-ventana, con un amplio jardín plantado de sicomoros, de tilos y de abedules erigiéndose entre matas de rosales y de acebos; unos macizos de flores arrojaban allí el estallido de sus múltiples colores y su balsámico aroma. En el interior, las amplias habitaciones contenían un rico

mobiliario antiguo, realzado con arcones procedentes de la abadía de Fécamp y maravillosas piezas de loza de Rouen, coleccionadas con esmero por los abuelos.

En ese sitio y en ese medio, Maupassant pasó su infancia hasta los trece años. En un artículo de *la Revue des Revues* (1 junio de 1900), la Sra. René d'Ulmeès contó, evocando los recuerdos de la Sra. de Maupassant, lo que supondrían esos días de la primera expansión física y de la primera educación. Paseos, incluso largas caminatas por la costa y excursiones a mar abierto con los pescadores hicieron de él un muchacho de esa apariencia robusta y vigorosa tan admirada en él. La libertad de movimiento, los horizontes ilimitados del mar y del campo modelaron su carácter y lo impregnaron de esa sed de vivir, de esa independencia y esa franqueza que constituirían su personalidad.

La madre no prohibía las tendencias de su hijo. Ella dejaba al «pollo escapado», así lo llamaba, corretear y vagabundear sin restricciones. De ordinario incluso lo acompañaba. Era la recompensa por las horas de aplicación. Pues la Sra. de Maupassant fue la primera educadora del escritor. Con ella aprendió a leer, ella despertó su inteligencia y comenzó la obra de formación literaria que Flaubert debería perfeccionar.

Al mismo tiempo, un vicario de Étretat, el abad Aubourg, que a más tarde se haría cargo de la parroquia de Saint-Jouin, cerca de Étretat, enseñaba al niño algunos rudimentos académicos. Fue este hombre de Dios, sin ninguna duda, al que Maupassant califica en el capítulo VII de *les Dimanches d'un bourgeois de Paris*, como «un grueso cura de la región» y al que hace su tío. De este pretendido tío encontramos un retrato menos sucinta en un jovial relato publicado por el *Gil Blas* en 1883 y más o menos desconocido hoy en día por no haber sido nunca recogido en antología alguna. «Mi hermano y yo habíamos sido educados –cuenta este que entonces firmaba como Maufrigneuse,– por nuestro tío, el abad Loisel» que «dirigía desde hacía dieciocho años la parroquia de Join-le-Saut, no lejos de Yvetot». Era «un gran cura huesudo, cuadrado de ideas como de cuerpo. Su propia alma parecía dura y precisa, al igual que una respuesta de catecismo. Impartía sus lecciones a sus sobrinos en el cementerio y les hacía aprender de memoria los nombres de los difuntos pintados en las cruces de madera negra».

Las enseñanzas del abad Aubourg, que básicamente se centraban en el latín, no podían ser suficientes durante mucho tiempo. Cuando cumplió trece años, el joven Guy fue ingresado en una institución eclesiástica de Yvetot. No se quejaba demasiado, y una extravagancia más temeraria aún que las que le habían precedido, provocó su expulsión en 1867. Entonces finalizó sus estudios en el Instituto de Rouen y superó con éxito los exámenes de bachillerato en julio de 1869.

Así, desde los trece a los diecinueve años, el futuro escritor conoció el encierro del internado. En las vacaciones y en ocasiones en otras épocas, cuando un pretexto se lo permitía, corría a Étretat y se embriagaba de vida al aire libre, acompañando a los marineros a lo largo de la costa. Conocía todos los detalles y ya le gustaba dar rienda suelta a su naciente talento bajo la forma de versos, dejando más de una descripción rimada de esta región, que no figura demasiado en sus obras: tal es la pieza apenas balbuceante titulada *Au bord de la mer*, salvada del olvido por *la Revue des Revues* en julio de 1902. Otro fragmento más exitoso, cuyo texto al completo reprodujo el Sr. Ed. Spalikowski en *le Mercure de France* del 15 de diciembre de 1922, nos describe un roquedal abrupto, llamado *La Chambre des Demoiselles*, que se desploma sobre el mar en Étretat:

*Es una gruta perdida,
Suspendida
Entre el cielo y los mares,*

.....
Roca arrojada de frente.

Esta «gruta suspendida en un saliente de acantilado» también aparece en *Une Vie*, la primera novela de Maupassant, datada en 1883 y donde figuran otros recuerdos de Étretat. En efecto, pronto veremos como el escritor al llegar al periodo de plena producción literaria, hizo a menudo evocaciones de las impresiones que había grabado en su joven cerebro: el pequeño puerto normando donde había crecido, el «pueblecito de pescadores siempre azotado por el viento, por la lluvia y las tormentas, y siempre llena de olores a pescado», como nos dice en su prólogo de *La Grande Bleue* de René Maizeroy.

Recordemos aquí solamente un episodio que parece haber marcado a Maupassant hasta en lo más profundo de su ser.

Sucedió en 1868. Un ingles había comprado en Étretat, entre los vergeles, una cabaña donde vivía en compañía de un amigo y un mono. Su reserva y sus excentricidades no dejaban de intrigar a toda la región. Maupassant había intercambiado con él algunas palabras al encontrarse casualmente en la calle. Ahora bien, un día, el amigo, que no era otro que el poeta Swinburne, estaba a punto de ahogarse bañándose en el mar. Dada la alarma, Maupassant saltó a una barca y se dirigía a rescatar al imprudente, cuando ya otra embarcación conseguía salvarlo. Desde entonces Maupassant fue recibido en casa del inglés. Almorzó allí una vez: se le sirvió asado de mono, y cuando se disponía a beber, el mono en libertad le empujaba la cabeza contra su vaso. La vivienda, que él aún no conocía en su interior, le impactó por su singular decoración que recordaba catorce años más tarde:

Cuadros por todas partes, magníficos algunos, rarísimos otros, que parecían reproducir visiones de locos. Si no me engaña la memoria, había una acuarela que representaba una cabeza de muerto navegando dentro de una concha color de rosa en un océano sin límites, a la luz de una luna que tenía cara de persona humana..

Aquí y allá se veían huesos de esqueleto. Llamó sobre todo mi atención una horrible mano disecada que aún conservaba la piel reseca, los músculos negros puestos al desnudo, y sobre el hueso, blanco como la nieve, algunas manchas de sangre.

Estas líneas están extraídas de un artículo titulado *L'Anglais d'Étretat* que apareció en primer lugar en *le Gaulois* el 29 de noviembre de 1882 y fue ligeramente modificado con posterioridad para servir de prólogo a la traducción de los *Poèmes et Ballades* de Swinburne, realizada por Gabriel Mourey en 1891. Podemos relacionarlo con el capítulo titulado «Dolmancé» en *Quelques hommes* de Jean Lorrain. Por un lado y otro es como se ha desarrollado esa imaginación del que hacen gala ambos autores normandos. Fue además en la original casa de Étretat donde Maupassant se inspiró para la trama de uno de sus primeros relatos, *La Main d'écorché*, que reharía más tarde al insertarlo en la antología *Contes du jour et de la nuit*, bajo el título *La Main*.

Después de la guerra de 1870, Maupassant llevó una vida de funcionario en el ministerio de la Marina y luego en el de Instrucción Pública. Sus ocupaciones le retenían en París. Pero con motivo de sus vacaciones anuales y cuando otras circunstancias se lo permitían, por ejemplo en las fiestas de Navidad, regresaba a «la querida casa» materna y volvía a recrear en Étretat algunas de sus hazañas de infancia.

También se interesaba por el teatro, y fue en esa época cuando compuso una voluminosa tragedia en cinco actos que jamás sacó de sus legajos. En el salón des

Verguies tenía instalado un escenario. Él mismo actuaba, en compañía de amigos como Robert Pinchon, que acaba de morir en Rouen y al que solicitaba obras de tres o cuatro personajes: «Nos lo montaremos en grande, le escribía, y tú gozarás, ¡oh, regidor nato!»

Estas diversiones no impedían una severa preparación literaria bajo la batuta de Flaubert. Durante diez años, los trabajos sucedieron a los esbozos. Luego, en 1880, el escritor reveló de pronto su maestría con el relato *Boule de Suif*, insertado en *Les Soirées de Médan*. «Sin duda es una obra maestra», exclamaba un radiante Flaubert; y a continuación se apagaba, como para dejar expedito el camino literario a su discípulo.

§

De hecho los periódicos más en boga abrieron sus puertas al recién llegado. *Les Soirées de Médan* aparecieron el 15 de abril de 1880. Desde el 21 de mayo, Arthur Meyer anunciaba a los lectores del *Gaulois* la colaboración semanal de Maupassant, y este comenzaba el 31 de mayo con el primer capítulo de los *Dimanches d'un bourgeois de Paris*. En 1881 tocó el turno de acoger al escritor al *Gil Blas*; luego en 1888 *Le Figaro* lo contrataba, al igual que *l'Echo de Paris* que acababa de ser fundado.

Con frecuencia Maupassant debía proporcionar cuentos y relatos. También podía reunir una rica colección de recuerdos, entre los cuales, sobre todo los de Étretat solicitaban su pluma. Además era un hombre que extraía de la actualidad interesantes y pintorescas crónicas, y al respecto los espectáculos que veía en el pequeño puerto normando se ofrecían a él como casi tantos otros temas.

Echemos un vistazo a le *Gaulois* de 1880. Apenas finalizada les *Dimanches d'un bourgeois de Paris*, nos encontramos con fecha de 20 de agosto, un artículo titulado Étretat y firmado «Chaudrons du Diable». Ese nombre, que es el de un abismo próximo al pueblo, debe añadirse a los pseudónimos que Maupassant usó al principio de su vida literaria: Joseph Prunier, Guy de Valmont, Maufrigneuse. El artículo manifiestamente es de Maupassant: las observaciones enunciadas, la manera, el estilo lo atestiguan sin permitir la más mínima duda. Esperando que se haga sitio en una edición definitiva, tal vez no sea superfluo recordarlo brevemente.

Se trata de una panorámica de conjunto de Étretat en 1880: lugar, población, costumbres, balnearios, anécdotas y chismes.

El autor comienza por una hermosa frase, tal vez un poco rebuscada, pero plena de armonía imitativa, donde se esfuerza en explicar el nombre de Étretat por el murmullo del mar sobre las arenas de la orilla:

Cuando sobre una playa a pleno sol, la ola veloz hace rodar a los finos guijarros, un ruido fascinante, seco como el desgarrar de una tela, alegre como una risa y cadencioso, corre todo a lo largo de la orilla, ondea al borde de la espuma, parece bailar, se detiene un segundo, después vuelve a comenzar con cada regreso de la ola. Este nombrecito de Étretat, enérgico y brincador, sonoro y alegre, ¿acaso no parece surgido del ruido de los cantos rodados traídos por las olas?

Luego he aquí el panorama del lugar:

La playa... parece un decorado de cuento de hadas con sus dos maravillosas desgarraduras de acantilados que llaman las Puertas. Se extiende en forma de anfiteatro regular cuyo Casino ocupa el centro; y el pueblo, un puñado de casas plantadas en todos los sentidos, envolventes sus fachadas por todos sus lados, con cierto estilo, irregulares y divertidas, parecen arrojadas del cielo por la mano de cualquier sembrador y haber arraigado como consecuencia de la caída. Surgido al borde del mar, cierra el extremo de un adorable valle en la lontananza ondulante y

cuyas colinas, a cada lado, están agujereadas de chalets que desaparecen bajo los árboles de sus jardines.

En los alrededores, diminutos valles sin nombre, barrancos salvajes llenos de brezo y de aulagas se extienden en todos los sentidos; y a menudo, a la vuelta de un sendero, vemos allá abajo, en un corte profundo, el enorme mar azul, resplandeciente de luz, con un velo blanco en el horizonte.

Las villas sobre las colinas de los alrededores han sido construidas por gente poderosa o por artistas parisinos cuyas familias pasan el verano a orillas del mar. Tenemos «el imponente castillo del príncipe Lubomirski», luego «más alto, sobre la cresta del acantilado, la torre edificada por Dollingen, un corredor de bolsa que en sus ratos libres se dedicaba a las letras». El músico Offenbach posee una «villa soberbia», bellos salones y un despacho sobre cuyas paredes pueden apreciarse motivos de *Orfeo en los infiernos* y de *la Canción de Fortunio*.

Los pintores aportan la nota alegre; «lanzan ruidosos fuegos de artificio y pasean a través de la región unos retratos luminosos». Son estos sobre todo los que hacen de Étretat «un terreno mixto donde el artista y el burgués, esos enemigos seculares, se encuentran y se unen contra la invasión del chiquilicuatre del tres al cuarto y el mundo *inferior*».

Pues sobre el arenal de la pequeña ciudad balneario pulula «una población flotante bastante considerable»: celebridades, actrices, una juventud alegre y personajes más maduros «que temen acusar su edad sentándose en una silla»; y por último, «para disfrute y goce de los espectadores, un grupo de apuestos ancianos, con el bigote teñido, asiduos del patinaje y de los Folies-Bergère, merodean alrededor de las virtudes fáciles, con sus rostros gesticulantes de viejos polichinelas obscenos».

Sin embargo, si «el amor tiene, como en todas partes, un amplio espacio sobre la orilla coqueta de Étretat, ... el escándalo es poco más o menos desconocido; ... la vida transcurre dulcemente, sin emociones vivas y sin incidentes dramáticos».

En algunas líneas, Maupassant nos traza la vida cotidiana:

Los *propietarios* bajan hasta el mar invariablemente todas las mañanas (siempre que el cielo lo permita), hacia las diez de la mañana.

Los hombres van al Casino, leen los periódicos, juegan al billar o fuman en la terraza. Las mujeres prefieren la playa, dura, pedregosa, pero por esto mismo siempre seca y limpia, y trabajan al abrigo de una sombrilla, o más a menudo ocultas bajo esas horribles cestas que recuerdan, en muy feo, a los antiguos toneles de las zurcidoras.

Alrededor de las damas y a sus pies, los hombres, que el Casino no absorbe, se sientan o se acuestan sobre los cantos rodados, cuando su edad se lo permite, y las conversaciones se entablan y se continúan hasta las once y media...

A las cuatro de la tarde, se vuelve a bajar a la playa. Mismo panorama que por la mañana.

A las seis y media se regresa para cenar, y por la noche, si el aire es puro y el tiempo claro, se va a disfrutar una hora o dos al casino o a la playa.

Las conversaciones en grupo no cesan; un barullo se propaga. Maupassant recoge algunas de las que podemos adivinar teniendo en cuenta que tenía entonces treinta años. Cuenta varias anécdotas, por ejemplo la visita del ministro Constans que, a pesar de pasar desapercibido, partió al cabo de dos días.

Maupassant se inicia así en la crónica periodística. Dos años después, entregaba al *Gil Blas* una supuesta *Correspondencia* entre una sobrina y su tía (*Oeuvres posthumes*, edición Contard, t.I.)

La joven se queja de la falta de saber vivir que constata cada vez más por todas partes, en el ferrocarril, en los hoteles, en los balnearios, en las playas. En relación con ello habla de Étretat:

Étretat es, al propio tiempo, el país de los chismes, y, además, la patria de las comadres. De cinco a siete se las ve vagar en busca de maledicencias, que llevan de grupo en grupo.

Y cambiando el curso de sus ideas morosas, relata una velada musical en el casino.

La tía, cuyos años el han proporcionado experiencia e inteligencia, no da la razón a su sobrina. La descortesía de los hombres proviene sobre todo de la actitud de las mujeres para con ellos. Por su parte ella no tiene más que vanagloriarse del modo en que se respetan sus canas. En cuanto a Étretat, no quiere alterar la alegría que experimenta recordando que era la pequeña estación termal una treintena de años antes.

Me hablas de Etretat y de las gentes que chismorrear en esa linda playa. Es un país acabado, perdido para mí, pero donde me divertí mucho en otro tiempo.

Éramos allí unos pocos, gente de la buena sociedad y artistas, fraternizando. No se chismorreaba entonces.

Todavía no existía el casino y había que encontrar divertimentos:

Entonces, ¿adivinas qué imaginó entonces uno de nuestros maridos? Pues ir a bailar todas las noches a una de las granjas de las cercanías.

Partíamos en tropel con un piano de manubrio, que ordinariamente hacía funcionar el pintor-Le Poittevin, cubierta la cabeza-con un gorro de algodón. Dos hombres llevaban linternas. Íbamos en procesión, riendo y charlando como locas.

Se despertaba al dueño de la granja, a las sirvientas, a los criados. Nos hacíamos preparar sopa de cebolla—¡horror!—, y bailábamos bajo los manzanos, a los acordes de la caja de música. Los gallos, despertándose, cantaban en la profundidad de los edificios; los caballos se agitaban sobre la paja de los establos. El fresco aire de la campiña nos acariciaba la piel, trayéndonos el aroma de las hierbas y el de las mieses segadas.

¡Qué lejos, qué lejos queda esto! ¡Han pasado treinta años desde entonces!

Los bailes bajo los focos se emparentan con los retiros bajo las antorchas mencionados en la crónica de 1880. Maupassant traslada pues impresiones recientes a título de recuerdos antiguos. Se trata de un subterfugio literario al que no tiene necesidad de recurrir contando, el 14 de abril de 1882, una partida de caza de pájaros bobos «durante una tarde de abril de uno de los últimos años», lo que le permite esbozar la silueta de la «llamada roca de los pájaros bobos, creca de Étretat»;

Se atraviesa la Manne-Porte, bóveda enorme por la que pasaría un navío; se dobla la punta de la Courtine; he aquí el valle de Antifer, el cabo del mismo nombre, y en seguida se divisa una playa sobre la que cientos de gaviotas están posadas. Esta es la roca de los Pájaros-bobos.

Se trata simplemente de un pequeño relieve de la costa; y sobre las estrechas cornisas de la roca, aparecen las cabezas de los pájaros que observan las barcas.

Además cuanto merece ser descrito el campo en las inmediaciones de Étretat, la longitud de esa ruta que conduce a los roquedales de Saint-Jouin. Maupassant amaba

ese rincón de tierra normando y el pintoresco pueblo donde a menudo se divertía en el famoso cabaret de «la bella Ernestina». Dos veces al menos hablo de ese local en sus crónicas, y sin embargo, hecho extraño, jamás consideró que esas páginas fuesen dignas de ser añadidas a su obra. Hoy podemos leer en la edición Conard su Livre de bord, donde declara que «los roquedales de Saint-Jouin son los más hermosos de toda esta costa norte de Francia» y que se les puede comparar a «unas ruinas de grandes castrillos desplomados sobre los acantilados». Pero un largo artículo titulado La Belle Ernestine permanece por así decirlo ignorado desde la época en la que apareció en el Gil Blas, el 1 de agosto de 1882. También quizá no sea superfluo hacer alguna mención de él.

Saint-Jouin se encuentra a siete kilómetros aproximadamente de Étretat, sobre la costa, al sudoeste, en la dirección del Havre.

Hagamos el trayecto a pie con Maupassant.

Se sube primero la costa del Havre, luego se toma a derecha por un ligero piegle de tierra; se pasa entre dos granjas, dos hermosas granjas normandas, ricas, señoriales... Luego se atraviesan unos campos. El horizonte de la izquierda está oculto por pueblos, árboles, un campanario puntiagudo. A la derecha, la costa cae bruscamente en el mar en una caída de cien metros... La ruta se hunde entre dos colinas y entramos en una serie de esos pequeños valles tortuosos que crean el encanto tan particular de los alrededores de Étretat.

Esos valles están desnudos, plantados de juncos amarillos en primavera, amarillos como un manto dorado, y verdes en verano. Se desarrollan con una fantasía encantadora, imprevista y siempre coqueta. Van a derecha, a izquierda, se enderezan y se curvan todavía. A veces se encuentran allí ramas de árboles, bosques de cien pasos de largo, y a veces unos trigos maduros que ondulan con un ruido parecido a un crepitar... Llegamos a Bruneval, un valle profundo que discurre hacia el mar.... Se sube por un sendero recto; se penetra en una aldea de granjas, discurriendo el camino entre cunetas verdes plantadas con grandes árboles que se sacuden eternamente y que hacen cantar al viento, llegando al pueblo donde vive la bella Ernestine.

Un poco más lejos se levanta el acantilado «más magnífico de la costa».

No es solo la muralla recta y blanca de Étretat, sino un caos extraño de rocas desprendidas, unas acumuladas como las ruinas de antiguos castillos, otras yacentes y allí, en medio de las hierbas altas, manan unas fuentes.

Pero, no menos que esas pintorescas rocas, «la bella Ernestine», en aquel tiempo atraía a los turistas. Se llamaba Ernestine Aubourg y regentaba el Hotel de París, más bien una posada, entre el verdor y los vergeles:

Una entrada de casa solariega campestre lleva ante una antigua y hermoso edificio, totalmente revestido de plantas trepadoras. De frente un buen huerto, luego, más lejos, separado por un seto, un patio sembrado de césped sombreado por auténtico techo de manzanos.

En su interior, por todas partes marcas y esbozos dejados por los artistas de paso, y en las cuales se entremezclaban inscripciones en verso y en prosa, firmadas por los nombres más célebres, pues la posadera sabía, «con una sonrisa o una palabra, inspirar versos a todos los poetas, hacerse firmar autógrafos por todos los ilustres y obtener dibujos de todos los pintores». He aquí uno improvisado del propio Maupassant:

DESPUÉS DE ALMORZAR

¿Cuatro versos? ¿Sin salir de aquí?
Pero mi deseos a los campos van
Y no hay otra cosa que me preocupe a mi
¡Que dejar los vasos de champán!

Y en ese año de 1882, «la bella Ernestine» rozaba la cuarentena. Había perdido los encantos de la juventud; pero, «risueña y todavía jovial», seguía siendo «tan interesante como una mujer de mundo, curiosa desde todos los puntos de vista, auténtico personaje de novela». Y Maupassant nos la describe:

Es una fuerte muchacha, ahora madura, todavía bella, de una belleza poderosa y simple, una muchacha del campo, una mujer de la tierra, una paisana vigorosa.

La frente y la nariz destacadas, la frente recta, torneada como una frente de estatua, la nariz continuando la línea recta que parte de los cabellos, recuerdan a las Venus, aunque estén puestas, como por descuido, sobre una cabeza a lo Rubens.

Pues esta muchacha parece flamenca, por su coloración de la piel, su estructura, su reír atrevido, su fuerte boca, bien abierta. Es una de esas sirvientas rollizas y sanas que se han visto bailar en las fiestas populares del gran pintor... seduce por su gracia rústica y su buen humor totalmente claro.

Maupassant trata de definir el carácter que debe corresponder a estos rasgos físicos.

En cuanto a la moral no se la conocía demasiado. Es valiente, familiar, con unas apariencias siempre alegres y, quizás, unos interiores no siempre felices. En ella parece estar encarnado el espíritu normando, buen niño, alegre y sagaz. Pues ella es astuta como nadie, pero astuta en el buen sentido de la palabra, sin ninguna perfidia malintencionada, astuta inconsciente, astuta por instinto, llena de medios, de velada diplomacia, de habilidades campesinas, de intenciones disimuladas. De una sola mirada penetra y conoce a sus clientes, los juzga y los cala.

Segura de sí misma, «la bella Ernestine» conservaba en toda ocasión su sangre fría y su sinceridad. También era fuente de anécdotas. Y he aquí una, entre las más típicas.

En 1881, la reina de España anunció su visita. Cada uno en la posada perdía más o menos la cabeza. Pero la patrona tranquilizando a su personal dijo:

« ¡ Una reina, bien ! una reina está hecha como yo. Voy a servile unos callos a eta muje. Toi segura que no los come a menuo y que le gustarán mejo que tos esos vuestros platos. »

¡La reina repitió los callos tres veces ¡.

Y tras el almuerzo, al partir, los asiduos de la casa asitieron a esta escena poco banal:

Ernestine, de pie en el umbral de la puerta, exclamó: « ¡Ta luego, Reina!» Un caballero presente, un poco sorprendido, le dijo: «Usted le impedirá regresar, es usted demasiado familiar.» Ella respondió: «Bien, si no quie volve, no volverá. A mí no me importa.»

La reina de España regresó dos veces.

§

En 1882, la fortuna comenzaba a sonreír a Maupassant. Decidió realizar un proyecto que acariciaba desde algún tiempo atrás. En un terreno que le cedió su madre, en las afueras de Étretat, en la dirección del gran valle y hacia el interior, construyó una pequeña casa. Rápidamente el modesto domicilio se transformó en un confortable chalet de un piso, por el añadido, a ambos extremos, de dos alas adelantadas unidas por un balcón de madera formando una terraza y completamente cubierto de plantas trepadoras. El calado amarillento de los muros, las tejas rojas del tejado, percibiéndose al fondo de un amplio jardín repleto de macizos donde se abrían, según la estación, rosas y claveles, dalias o crisantemos. Hileras de fresnos y de olmos blancos lo delimitaban. En una esquina un barco invertido reposaba sobre unos pilares de ladrillo y, rodeado de alheñas, servía de cuarto de baño e incluso de habitación de los criados. Otra parte del terreno, plantado de manzanos, constituía un patio normando. Un estanque se había horadado allí a una gran profundidad para contener unos pececillos rojos traídos, según parece, de Japón. Un fresal era el objeto de sus esmerados cuidados. Además, una superficie lisa, para jugar a los bolos o al cróquet, y una galería de tiro. Más lejos, una cuadra donde el escritor se divertía criando gallinas y un soberbio gallo de cresta roja, así como pollos de pato de Barbaria. Otros animales domésticos vivían en libertad: dos perros de caza y un soberbio podenco llamado Paff, dos gatas como la pequeña Piroli y su hija Pussy que murió trágicamente, un loro que respondía al banal nombre de Jacquot, pero llamaba Cocassant a Maupassant y que saludaba a las damas con un «¡Buenos días, cerdita!»; finalmente un mono, del que se vio obligado a desprenderse a causa de sus extravagancias y los destrozos que producía.

En su interior, un variado mobiliario mezclaba lo extraño con lo original: lozas de Rouen, antigüedades más o menos auténticas, santos en madera esculpida, un paragüero en forma de bota. Sobre todo la habitación de invitados había sido decorado con esmero y provista de todo lo que podía responder al más mínimo deseo.

Tal era la villa de la Guillette. Maupassant había pensado al principio en llamarla la Casa Tellier. Renunció a ello para no escandalizar a algunas amigas que recibía allí, siendo una de las cuales hizo prevalecer la denominación definitiva.

§

Desde 1883 el chalet estaba dispuesto para acoger a los invitados, y hasta 1889, cada año el escritor se dedicaba a dar fiestas. El Sr. Camille Oudinot, el autor dramático, nos ha contado algunas de ellas y también se encuentra detallada alguna en una crónica de la villa en los *Souvenirs* de François. En particular, el 15 de agosto, Maupassant gran aficionado a los fuegos artificiales, no dejaba de lanzarlos para divertir a sus huéspedes. Era el mes en el que más personas recibía. Él mismo hacía los honores, no solamente en su vivienda, sino en toda la región, llevando a sus invitados a lo largo de la costa y a los bosques de los alrededores para visitar curiosidades naturales. A veces incluso llegaban hasta Fécamp.

Maupassant amaba su estadía en Étretat a causa de sus recuerdos de infancia en primer lugar, y también consideraba que el aire vivificante del mar facilitaba su trabajo. En la Guillette escribió un gran número de sus relatos.

Había emprendido con tanto ahínco la instalación, que esta se acabó en el verano de 1883. El 20 de septiembre, enviaba a su editor, Victor Havard, a ir a pasar unos días allí. Él mismo, tras una breve aparición en París, regresaba de nuevo el 4 de noviembre. Dos pequeños esbozos, con toques ligeros y casi fluidos de la playa de Étretat en la

estación veraniega, datan de esta época: uno se encuentra en *Le Modèle*, la otra sirve de decorado al relato titulado *Adieu*.

Maupassant estaba tan feliz de haber construido la Guillette, que en ella pasó la mayor parte del año 1884. Allí permanecía durante algunos días al mes desde comienzos de febrero. Este hecho pude sorprender un poco pues el escritor temía el frío. Pero tenía a Étretat en el corazón:

Étretat es encantador, incluso en febrero. No conozco nada más alegre, más claro, más gentil que este pequeño país, al fondo de su pequeño valle, a orillas de su pequeña playa bajo el reflejo de la luna creciente encerrando las dos puertas, una gigante y la otra enana, pero graciosas tanto la una como la otra.

Estas líneas pueden leerse en una carta que yace, olvidada y perdida, en la tercera página del *Gil Blas* del 13 de febrero de 1884. Maupassant se dirigía al secretario de redacción a fin de asegurar la publicación que él deseaba en relación con una reclamación presentada ante el servicio postal y telegráfico de Étretat. La celebridad ya aureolaba su nombre y entre esos «forasteros» que vivían «sobre la colina o en el valle», él estaba considerado entre los más notables. Con ellos se dedicaba a transformar rápidamente el barrio de pescadores en una elegante playa, capaz de rivalizar con Dieppe y Trouville. El éxito respondía a sus esfuerzos y el amplio hotel de las Rocas Blancas, de reciente construcción, con su teatro, su círculo y sus juegos, atraía a los bañistas que hasta ese momento no habían encontrado a su disposición más que un «casino familiar, decente pero aburrido», y «viejos albergues, buenos pero sencillos».

Tras una estancia de alrededor de dos meses en Cannes, Maupassant regresaba a Étretat hacia finales de abril. No se quedaba mucho, es cierto, siendo requerido en París por su mudanza a la calle Montchanin. Pero, desde el mes de junio, fijaba su estancia en la Guillette, que prolongaba hasta noviembre. François nos ha dejado el relato de algunos incidentes elegidos entre los más ínfimos: la crónica de los comunes.

Sin embargo, ese año, en el transcurso del verano, los habitantes y huéspedes de la pequeña estación habían podido asistir a un original espectáculo. Cada mañana veían pasar un pintoresco grupo de príncipes hindúes que iban seguidos de sus sirvientes y de un intérprete, dirigiéndose a tomar su baño al balneario de las Rocas Blancas. Grandes señales de respeto y de veneración estaban reservadas a uno de entre ellos, pues pertenecía a la familia del majará de Baroda. Tenía la apariencia de un anciano y murió a primeros de septiembre. Sus compañeros, deseosos de cumplir los ritos funerarios de su religión, solicitaron la autorización para incinerar su cuerpo. La ceremonia se efectuó durante la noche, a orillas del mar, bajo el acantilado. Maupassant, curioso por naturaleza, no dejó de asistir y escribió, bajo el título *Le Bücher*, una relación minuciosa y seria, que sin embargo olvidaría recoger luego en alguna recopilación, pero que hoy puede ser leída hoy en el volumen *Clair de lune* de la edición de Conard. En las líneas finales, penetradas de filosofía, expresaba para sí mismo un deseo que no se realizaría:

He visto incinerar a un hombre sobre una pira y eso me ha provocado el deseo de desaparecer del mismo modo.

Así todo finaliza de inmediato. El hombre apresura la lenta obra de la naturaleza.... La carne ha muerto, el alma ha huido. El fuego que purifica dispersa en algunas horas lo que fue un ser.

En el transcurso del invierno siguiente, Maupassant, cuya salud era bastante precaria, se fue a Cannes a refugiarse bajo el sol de la Costa Azul. Luego, en la

primavera de 1885, emprendió un viaje en compañía de algunos amigos a Italia y Sicilia. Al regreso, a mediados de junio, tras una rápida aparición por la Guillette que encontró completamente florida, partió de nuevo para acudir a la estación termal de Châtel-Guyon. Permaneció en Auvernia hasta finales de agosto, preparando sin prisas su novela *Mont-Oriol*. A continuación regresó para instalarse en Étretat. Su sirviente François ha mencionado esos diversos desplazamientos, pero confundiendo las fechas.

Las recepciones durante el año 1885 se sucedieron en gran cantidad en la Guillette y Maupassant estuvo casi continuamente absorbido por sus invitados. A continuación se abrió la veda de caza una quincena antes de lo ordinario. El escritor se dedicaba con placer a este deporte. Permaneció pues en su chalet hasta el 15 de noviembre aproximadamente, para regresar a París y desde allí volver al Midi, a Antibes esta vez.

Salvo una nueva estancia en las termas de Châtel-Guyon, el año 1886 no estuvo marcado por ningún acontecimiento particular. Desde la primavera al otoño, Maupassant debería pasar la mayoría de sus días en la Guillette.

Cuando había cumplido sus deberes de anfitrión y estaba solo, le gustaba acudir a una villa vecina, la Bicoques. Allí pasaba muy a gusto las veladas cerca de la que él decía que tenía el «genio de la amistad», la Sra. Lecomte du Nouy, quien parece en efecto haber sido su más tierna amiga y que descansa ahora no lejos de él en el cementerio Montparnasse. Ella le leía, pues él sufría de la vista. Ambos se interesaban en el siglo XVIII. Recorrían juntos la correspondencia de Diderot con la Srta. Volland, las cartas de la marquesa de Châtelet, de la Sra. d'Épinay, de la Sra. de Deffand, de la Srta. de Lespinasse. Maupassant tumbado a la sombra, escuchaba y, de vez en cuando, se permitía alguna observación irónica o maliciosa.

Durante el día, daba lentos paseos, observando y soñando. Fue esta época en la que está fechada *La Vie d'un paysagiste*, donde escribía:

Una hoja, un pequeño guijarro, un rayo, una brizna de hierba, me detienen un tiempo infinito; y los contemplo ávidamente, más emocionado que un buscador de oro que encuentra un lingote, saboreando un feliz y delicioso misterio, descomponiendo sus imperceptibles tonos y sus imperceptibles reflejos.

La melancolía ya se había apoderado de él, y acudía con frecuencia a sus recuerdos. Así, es esa misma crónica, cuenta como antaño observó en «una granja, a un viejo en blusa azul que pintaba bajo un manzano»: era Corot. Otro año, había frecuentado un poco a Courbet, «Un hombre gordo y sucio» que «vivía en una casita que daba al mar» y que «con un cuchillo de cocina, pegaba grandes capas de color blanco sobre un enorme lienzo desnudo», esbozo de *La Ola*. En una fecha más reciente, Maupassant habría «seguido con frecuencia a Claude Monet en la búsqueda de impresiones»

Fue durante su estancia en Étretat ese año también, cuando acometió la primera redacción del *Horla*. Entregándola al *Gil Blas* a finales de Octubre; decía a François, que nos lo reprodujo sin tener en cuenta la fecha:

Hoy he enviado a París el manuscrito del *Horla*; antes de ocho días, verá usted como todos los periódicos publicarán que estoy loco. Allá ellos, pues me encuentro sano de espíritu, y sabía muy bien lo que hacía escribiendo ese relato. Se trata de una obra de imaginación que impactará al lector y le provocará un escalofrío en la espalda, pues es extraña.

El verano de 1887 parece haber sido favorable al escritor. Desde finales de junio, ya estaba de regreso en su chalet, donde acababa de ordenar la construcción de nuevas

salas de billar y de duchas. De inmediato comenzó la redacción de *Pierre et Jean*. El prefacio, en el que expuso sus ideas sobre la novela, está fechado en septiembre. La obra exige pues apenas tres meses de trabajo, si se tiene en cuenta las crónicas semanales que Maupassant entregaba además en los periódicos. Fue concebida, según cuenta François, en el paseo de los olmos que habían sido plantados en la Guillette, y a la sombra de los cuales Maupassant encontraba la inspiración caminando.

Se relajaba de su labor dedicándose a observaciones astronómicas, bien solo, o en compañía de un tal Sr. Louis que había adquirido en Étretat una merecida reputación de sabio y que llevaba al novelista a examinar los astros desde lo alto del acantilado.

Las recepciones en el chalet en 1886 eran de una gran sencillez. Leopold Lacour, crítico teatral en *la Nouvelle Revue*, que por aquel entonces fue presentado a Maupassant por la Sra. Lecomte du Nouy, recuerda que se cenaba en la Guillette una o dos veces por semana entre íntimos. Las conversaciones eran ajenas a la literatura, pues al dueño de la casa no le gustaba hablar ni de sus obras ni de sus colegas. Prefería charlar de asuntos fútiles y no era reacio a los cotilleos; algunas veces hasta él mismo se los inventaba.

Esta tranquilidad iba a contrastar con la ruidosa agitación de 1889. Pues Maupassant, por razones de salud, pasó el verano de 1888 en Aix-les-Bains y a continuación emprendió un viaje a Argelia y Tunicia. Se limitó pues a algunas apariciones por la Guillette, sin permanecer allí como de costumbre.

Pero por el contrario, la Guillette vio en 1889 la celebración de espléndidas fiestas. Aproximadamente diez años después, el 16 de agosto de 1898, en uno de sus picantes y sabrosos Pall Mall Semana del *Journal*, Jean Lorrain evocaba esa gloriosa época:

La Guillette, la pequeña villa perdida a lo lejos en el valle, era el peregrinaje de bellas damas de la costa e incluso de otros lugares. Llegaron yates de Deauville que atracaron entre la puerta de Aval y la puerta de Amont, mientras que una princesa y una marquesa auténticas, y del más alegre tercer Imperio, descendían en chalupa para hacer una visita al autor de Bel-Ami.

Por su parte, François, cuyos *Souvenirs* esta vez están de acuerdo con la cronología, anota como la vida transcurría alegremente en el chalet:

Más o menos todos los días se cenaba en la Guillette; por la noche se hacían proyecciones de sombras chinescas o se representaban comedias. El nuevo salón, contiguo al antiguo comedor, se disponía por completo al servicio de estos divertimentos.

Maupassant había llegado a Étretat el 27 de julio. Por la mañana trabaja en su novela *Notre Coeur*. El resto del tiempo dirigía y supervisaba los preparativos de la fiesta que pronto daría. Se procedía al arreglo del jardín, se levantaban barracas, se confeccionaban decorados, se recortaban cartones, se hacían carteles, se disponían bidones de petróleo y mangueras de riego. Un poco apartados, un equipo de pintores, bajo las órdenes de Marius Michel, pintaban un gran decorado simulando un asesinato. Pues a Maupassant, que en cierta época se hacía llamar Bel-Ami, no le repugnaban las representaciones realistas.

El 18 de agosto, día de Santa Elena, un barco de vapor atracó en Étretat. Desembarcaron bellas damas de vestidos claros, bajo las miradas maravilladas de los lugareños y los bañistas. La muchedumbre, espoleada por la curiosidad, aumentaba sin cesar; se dirigieron hacia la Guillette donde Maupassant recibió a sus invitados. Unas

banderas ondeaban entre los árboles a los que estaban colgados unos farolillos de papel. En la pradera, a la derecha, unos músicos uniformados con largas blusas azules y tocados con enormes sombreros, estaban encaramados a unos toneles; tocaban un pieza de danza. Se organizó un baile al aire libre; cada uno se entregó a ello con ardor; Maupassant tomó a las damas de la mano y las arrastró hasta dejarlas casi sin aliento. Se sucedieron unos juegos. Luego descansaron a lo largo de un paseo de verdor ahogado por la penumbra. Al fondo, una extraña escena atrajo las miradas. Alrededor de una mujer, completamente desnuda y colgada por los pies, un sargento de policía actuaba; le hundió un puñal en el vientre; la sangre brotó. Ayudando a la ilusión el claro oscuro, parecía que se asistiese a un crimen real; algunos espectadores, realmente impresionados, emitieron gritos de terror. Los policías, advertidos, llegaron; se precipitaron sobre el asesino, lo ataron y lo encerraron en una cabaña vecina que simulaba una prisión. Pero el criminal, ante el estupor de todos, prendió fuego a su cárcel y huyó. Acudieron unos bomberos y arrojaron agua sobre la caseta que ardía tanto o mejor por estar hecha de madera, paja y haber sido empapada en petróleo; las llamas subieron a gran altura aunque, a pesar de ello, los bomberos abandonaron el incendio y dirigieron sus mangueras hacia la multitud. ¡Clamores y sálvese quien pueda en general!

Así se desarrollaron las peripecias del *Crimen de Montmartre*. Maupassant, muy divertido, gritaba fe vez en cuando: «¡Muy bien, el asesinato! ¡Perfecto! ¡Es muy gracioso!»

Tras el espectáculo, los invitados se dispersaron por los jardines. Se habían levantado unas barracas aquí y allá. En una de ellas, una asidua de la casa, experta en ocultismo, echaba las cartas y decía la buena ventura disfrazada de mora. Más allá, otra amiga del escritor hacia entre las flores los honores de un buffet graciosamente decorado, donde una cohorte de jóvenes mujeres servían el champán o la naranjada y distribuían variados refrescos. La fiesta finalizó con una tómbola, cuyos lotes cubrían una estrada dispuesta al fondo del jardín. Los afortunados ganadores se mostraban más que perplejos, cuando se les entregaba un gallo o un conejo vivos.

Fue una jornada inolvidable. A las ocho y media, los invitados se reunieron a la mesa para disfrutar un festín que finalizó con una velada musical en el transcurso de la cual Massenet ejecutó al piano las más bellos fragmentos de su *Werther*, por entonces todavía inédito.

Por desgracia ese era el canto del cisne que La Guillette oía esa noche. A partir de esa fecha, yo no se vuelve a mencionar en los *Souvenirs* de François. La enfermedad se apoderaba cada vez más de Maupassant. Tenía necesidad de un clima cálido. Abandonó las brumosas costas de la Mancha para buscar la salud en las orillas del Mediterráneo o sobre su velero. Fue perdiendo afecto a su chalet donde, como escribía a su madre, siempre estaba «afectado de migrañas, debilidad y ansiedad». El viento le molestaba y el frío lo hacía sufrir hasta el extremo de no permitir nunca apagar su fuego. A finales de 1889, esperaba vender la Guillette al municipio de Étretat que proyectaba crear allí un jardín público.

Pero no fue hasta 1893 cuando la villa pasó a otras manos. A principios de ese año, el Sr Camille Oudinot realizó allí una visita y la encontró muy triste, con los postigos de las ventanas cerrados y los colores apagados. En el interior se inventariaba el mobiliario. Alrededor los árboles habían crecido como para devorar la casa y extender un velo sobre el pasado.

A. GUÉRINOT.

Le Mercure de France, 1 de septiembre de 1925

Publicado en *Le Mercure de France* el 1 de septiembre de 1925.
Traducción de José Manuel Ramos González para
<http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>